

EL ULTIMO DIA

Richard Matheson

Despertó, y su primer pensamiento fue: *"Ha terminado la última noche"*.

Había dormido muy poco.

Estaba tendido en el suelo, mirando hacia el techo. Las paredes seguían reflejando la luz rojiza que provenía del exterior. En la salita no se oía otra cosa que no fueran ronquidos.

Miró a su alrededor. Cuerpos esparcidos por todas partes. En el sofá, acurrucados en los sillones, retorcidos en el suelo...

Se irguió apoyándose en un codo, deteniéndose ante el agudo dolor de su cabeza. Cerró los ojos y permaneció así durante un momento. Luego volvió a abrirlos. Pasó la lengua por sus resecos labios. Su boca conservaba un regusto de licor y comida.

Apoyado en el codo, volvió a examinar la habitación. Su mente trató de formarse una idea de lo que veía.

Nancy y Bill yacían abrazados, ambos desnudos. Norman dormía sobre el brazo de un sillón con el rostro tenso. Mort y Mel, estaban en el suelo, tapados con alfombras sucias y roncando. Y había otros que también dormían en el suelo.

Fuera, el resplandor rojizo.

Miró por la ventana y tragó saliva. Parpadeó. Contempló su alargado cuerpo. Volvió a tragar saliva.

"Estoy vivo -pensó-, todo es real."

Se restregó los ojos. Aspiró profundamente el putrefacto ambiente del apartamento.

Pugó por levantarse y tiró su vaso. La bebida se desparramó por la alfombra y empapó el tejido azul marino.

Pudo ver vasos rotos, pateados, aplastados contra la pared. Todas las botellas estaban vacías.

Siguió examinando la sala. El tocadiscos estaba en el suelo, boca abajo; los discos esparcidos, rotos, daban un extraño aspecto a la alfombra.

Los recuerdos empezaron a brotar en su mente.

Mort había sido el causante de todo aquello, la noche anterior. Estaba borracho y, de repente, se había echado encima del tocadiscos, gritando:

-¡Ya no necesitamos más música! ¡Es sólo un montón de ruido!

Y Mort había pateado el tocadiscos, estrellándolo contra la pared, agachándose, recogiendo con sus robustos brazos, levantándolo y arrojándolo de nuevo con todas sus fuerzas.

¡Al diablo la música! -había gritado-. ¡Odio esta mierda!

Luego había empezado a sacar discos de las fundas, rompiéndolos contra sus rodillas.

-¡Vamos! -había chillado-. ¡Venid todos!

Y todos le habían imitado. En aquellos últimos días, todas las ideas alocadas eran bien recibidas.

Mel, en pleno acto amoroso con una de las chicas, se había puesto en pie, abalanzándose sobre los discos y arrojándolos por las ventanas, desparramándolos por la calle. Y Charlie se había olvidado de su pistola por un momento, para tratar de alcanzar a los transeúntes con los discos.

Richard había contemplado aquellos platillos oscuros que volaban y se destrozaban contra la acera. Incluso llegó a tirar uno. Luego se había apartado del grupo, de la locura colectiva, yendo al dormitorio con la chica de Mel. Por algunos momentos los dos habían olvidado lo que pasaba en su mundo.

Aún pensando en todo aquello, Richard se puso en pie y trató de no perder el equilibrio.

¡Maldita luz rojiza! Cerró los ojos por un instante.

Luego miró a Nancy. Recordó haberse acostado con ella en algún momento, en el desenfreno del día y la noche pasadas.

¡Qué mujer más repugnante! Siempre ha sido un animal, pero antes estaba forzada a disimular. Ahora, cuando todo se acaba, sólo se preocupa por la única cosa que realmente tiene interés para ella.

Richard se preguntó si todavía quedarían personas verdaderamente dignas en el mundo, gente que conservara su honradez aun cuando esa virtud no sirviera ya para impresionar a nadie.

Pasó por encima del cuerpo de una mujer dormida. Sólo llevaba puesta la combinación. Richard observó el pelo revuelto de la muchacha, la pintura de labios corrida, el gesto de tensión e infelicidad que configuraba su rostro.

Al pasar junto al dormitorio vía tres mujeres y dos hombres acostados en la cama.

Encontró el cadáver en el cuarto de baño.

Yacía en la bañera, en una posición anormal, cubierto con la cortina de la ducha. Sólo eran visibles las piernas, suspendidas absurdamente del borde de la bañera.

Apartó la cortina y contempló la camisa manchada de sangre, el rostro pálido e inmóvil.

Charlie.

Meneó la cabeza y se volvió hacia el lavabo para lavarse manos y cara. No importaba. Nada importaba. En realidad, Charlie había pasado a ser un hombre afortunado, uno de los muchos que habían metido la cabeza en un horno, cortado sus muñecas, tomado píldoras o elegido cualquier otra forma habitual de suicidio.

Richard pensó en cortarse las venas mientras contemplaba en el espejo su rostro cansado. Pero sabía que era incapaz de hacerlo. La desesperación no bastaba para optar por el suicidio.

Bebió un poco de agua. Por fortuna, pensó, el agua seguía corriendo. Era increíble que aún hubiera gente controlando el abastecimiento del agua, la electricidad, el gas, los teléfonos o cualquier cosa por el estilo.

Sólo un loco podía trabajar en el último día del mundo.

Richard entró en la cocina y se encontró con Spencer.

Estaba sentado a la mesa, en calzoncillos, mirándose las manos. Unos huevos estaban friéndose en la cocina. Richard dedujo que el gas también funcionaba.

-Hola -saludó a Spencer.

Spencer gruñó sin alzar la vista. Observaba sus manos. Richard, sin inmutarse, bajó un poca el gas. Luego sacó pan del armario y lo puso en la tostadora eléctrica. Pero el aparato no funcionaba. Se encogió de hombros y no dio más importancia al asunto.

-¿Qué hora es? -Spencer le miró al formular la pregunta.

-Se ha parado -dijo Richard, observando su reloj.

Los dos hombres se miraron.

-Ah -dijo Spencer-. ¿A qué día estamos?

-Creo que es domingo -replicó Richard tras pensarlo por un instante.

-Me pregunto si habrá gente en las iglesias.

-¿Y eso qué importa?

Richard abrió el frigorífico.

-No quedan huevos -anunció Spencer.

-Ni huevos, ni pollo, ni nada -dijo Richard muy despacio mientras cerraba la puerta.

Se recostó contra la pared, respirando trémulamente, y observó el cielo rojizo a través de la ventana.

"Mary -pensó-. Debía haberme casado con ella, pero no lo hice." Se preguntó dónde estaría Mary, si pensaría en él.

Norman entró en la cocina tambaleándose. Tenía la boca abierta y mostraba los efectos de la borrachera y un sueño escaso. Estaba aturdido.

-Buenos días -dijo en un murmullo.

-Buenos días, felices días -contestó Richard, sin demostrar alegría alguna.

Norman le miró desconcertado. Luego abrió el grifo del fregadero se lavó la boca, escupiendo el agua sobre el desagüe.

-Charlie ha muerto -expuso.

-Lo sé -dijo Richard.

-¡Oh! ¿Cuándo sucedió?

-Anoche -explicó Richard . Tú estabas inconsciente. ¿Recuerdas cómo repitió una y otra vez que iba a matarnos a todos, que nos iba a liberar de nuestras penas?

-Sí -admitió Norman-. Apoyó su pistola contra mi cabeza y me dijo: "¿Está fría, verdad?"

-Se peleó con Mort -aclaró Richard-. La pistola se disparó. -Se encogió de hombros-. Eso fue todo.

Se miraron unos a otros inexpresivamente. Luego Norman se volvió y miró por la ventana.

-Sigue estando ahí -musitó.

Los tres hombres observaron la gran bola incandescente que ocultaba el sol, la luna y las estrellas.

Norman apartó la vista y tragó saliva. Sus labios temblaban y los apretó fuertemente.

-Jesús -dijo-. Hoy es el día. -Volvió a mirar el sol-. Hoy. *Todo*.

-Todo -repitió Richard.

Spencer se levantó y apagó el gas. Contempló los huevos por un momento.

-¿Por qué diablos los he frito? -dijo.

Los vertió en el fregadero. Los huevos se deslizaron por la blanca superficie, llenándola de grasa. Las yemas reventaron, esparciendo un fluido humeante y amarillento sobre el esmalte.

Spencer se mordió los labios. Su rostro estaba congestionado.

-Me acostaré con ella otra vez -dijo de repente.

Tropezó con Richard al pasar junto a éste, se dirigió al pasillo y dejó caer sus calzoncillos.

-Allá va Spencer -dijo Richard.

Norman se sentó a la mesa. Richard se quedó de pie junto a la pared. De repente, sonó la voz de Nancy, más estridente que nunca.

-¡Eh, despertaos todos! ¡Mirad cómo lo hago! ¡Miradme todos! ¡*Miradme!*

Norman se quedó mirando la puerta de la cocina por un momento. Pero algo se rebeló en su interior y escondió la cabeza entre las manos. Sus delgados hombros empezaron a temblar convulsivamente.

-Yo también lo hice -tartamudeó-. Yo también lo hice. ¡Maldita sea! ¿Para qué vine aquí?

-Para fornicar -dijo Richard-. Igual que todos. Pensaste que podrías concluir tu vida en medio de un turbulento goce sexual.

-¡No puedo morir así! -sollozó Norman-. ¡No puedo!

-Millones de personas lo están haciendo -afirmó Richard-. Un segundo antes de que choquemos con el Sol, seguirán haciéndolo. ¡Vaya espectáculo!

Richard se estremeció. Todo el mundo entregado a una salvaje orgía final... Entornó los ojos, apretó la cabeza contra la pared y trató de olvidar aquella visión.

Pero la pared estaba caliente. Norman levantó la cabeza de la mesa.

-Vámonos a casa -dijo.

-¿A casa? -preguntó Richard mirándole.

-Con nuestros padres. Con mi madre y mi padre. Con tu madre.

-No deseo hacer eso -dijo Richard, negando con un movimiento de cabeza.

-Pero no puedo ir yo solo..

-¿Por qué?

-Porque... no puedo. Las calles están repletas de tipos que matan a todo bicho viviente. Lo sabes perfectamente.

Richard se encogió de hombros.

-¿Por qué no quieres hacerlo? -preguntó Norman.

-No quiero verla. .

-¿No quieres ver *a tu madre*?

-No.

-Estás loco -dijo Norman-. Sólo un loco no querría.

-No.

Pensó en su hogar, en su madre aguardándole. Esperando verle el último día. No pudo soportar el pensamiento de retrasarse, de no volver a verla nunca.

"Pero si voy a casa querrá que rece con ella. Tratará de hacerme leer la Biblia, desperdiciar las últimas horas en un embrolló de confusión religiosa."

-No -repitió para sí mismo.

Norman parecía estar desesperado. Su pecho se estremeció con un sollozó contenido.

-Quiero ver a mi madre -dijo.

-Pues hazlo -le animó Richard, fingiendo indiferencia.

Pero sentía un nudo en el estómago. No verla nunca. Ni a su hermana, ni al marido y la hija de ambos.

No verlos nunca.

Suspiró. Era inútil resistirse. Pese a todo, Norman tenía razón. ¿A qué otra persona podía recurrir en aquellos momentos? ¿Qué otra persona le amaría más en el mundo a punto de arder por completo?

-Bien..., de acuerdo -dijo-. Vámonos. Lo que sea, con tal de salir de aquí.

La portería del edificio olía a vómitos. Encontraron al portero, borracho, tirado en las escaleras. En la garita había un perro con la cabeza destrozada a patadas.

Se detuvieron nada más salir del edificio e, instintivamente, miraron al cielo.

Un cielo rojizo, como lava fundida. Rayos ardientes caían a través de la atmósfera, semejando lluvia caliente. La gigantesca bola de fuego estaba muy cerca; tanto, que ocultaba ya el resto del universo.

Los dos hombres bajaron sus humedecidos ojos. Era doloroso mirar. Empezaron a caminar por la calle. Hacía mucho calor.

-Diciembre -dijo Richard-. Igual que en los trópicos.

Mientras andaban en silencio, pensó en las trópicos, en los polos, en todos los países del mundo que no vería jamás. Y en todas las cosas que nunca haría.

Como estrechar a Mary en sus brazos y decirle, mientras el mundo terminaba, que la amaba con locura, que no tenía miedo.

-*Nunca* -dijo, sintiendo la rigidez que la frustración provocaba en su cuerpo.

-¿Qué? -dijo Norman.

-Nada, nada.

Continuaron andando. Richard advirtió algo pesado en el bolsillo de su chaqueta, algo que le golpeaba el costado. Metió la mano y sacó el objeto.

-¿Qué es eso? -preguntó Norman.

-La pistola de Charlie. La cogí anoche para que nadie más resultara herido. -Se rió bronca, amargamente-. Para que nadie más resultara herido. ¡Jesús, lo mío era el teatro!

Estuvo a punto de arrojar el arma, pero lo pensó mejor y volvió a guardarla en el bolsillo.

-Puedo necesitarla -explicó.

Norman no prestaba atención.

-Por fortuna, no me han robado el coche. ¡Oh, no!

Alguien había apedreado el parabrisas.

-¿Y qué importa? -preguntó Richard:

-Supongo..., supongo que nada.

Entraron por las puertas delanteras del coche y limpiaron de vidrios los asientos. El calor se hizo sofocante dentro del vehículo, por lo que Richard se quitó la chaqueta y la arrojó fuera, colocando la pistola en un bolsillo del pantalón.

Norman condujo el coche hacia el centro de la ciudad. Había gente por las calles. Algunas personas se movían alocadamente, como si buscaran algo. Otras peleaban. Todas las aceras estaban repletas de cadáveres, individuos que se habían arrojado por las ventanas para ser aplastados por coches que circulaban a toda velocidad. Muchos edificios estaban ardiendo, con las ventanas destrozadas por explosiones de gas.

Había gente saqueando las tiendas.

-¿Qué *problema* tienen éstos? -preguntó Norman con tristeza-. ¿Es que quieren pasar así su último día de vida?

-Es posible que hayan pasado así toda su vida -replicó Richard.

Se asomó a la ventanilla y contempló la gente con que se cruzaban. Algunos agitaron las manos saludándole. Otros maldijeron y escupieron. Y unos cuantos arrojaron objetos contra el coche.

-La gente muere como ha vivido -comentó-. Algunos bien, otros mal.

-¡Mira! -gritó Norman.

Un coche se aproximaba dando tumbos en dirección prohibida. Hombres y mujeres se asomaban por las ventanillas chillando, cantando y agitando botellas.

Norman giró el volante violentamente y evitó el choque por cuestión de centímetros.

-¡Est n locos! -dijo.

Richard observó el otro vehículo por la ventanilla trasera. El coche patinó, descontrolado, dio una vuelta de campana y quedó boca abajo, con las ruedas girando vertiginosamente.

Volvió la cabeza sin decir nada. Norman se aferró al volante, con la mirada fija, pálido, tenso.

Otro cruce.

Otro coche se echaba encima. Norman pisó los frenos conteniendo la respiración. La brusca parada los arrojó contra el tablero.

Antes de que Norman pudiera volver a poner en marcha el vehículo, un grupo de jóvenes, armados con navajas y porras, se precipitaron hacia el lugar. Habían estado persiguiendo al otro coche, pero cambiaron de idea y se lanzaron contra el de Norman y Richard.

Norman puso la primera y salió disparado.

Uno de los chicos saltó sobre la parte trasera del automóvil. Otro trató de subirse al estribo, pero falló y cayó rodando por la calle. Un tercero logró su propósito y se aferró a la manija de la puerta, intentando alcanzar a Richard con una navaja.

-¡Vais a morir, bastardos! -gritó-. ¡Hijos de puta!

Insistió en su ataque y rasgó el respaldo de Richard, mientras éste se echaba a un lado.

-¡Lárgate! -chilló Norman, esforzándose en ver la calle y al agresor al mismo tiempo.

El muchacho pugnó por abrir la puerta cuando el coche enfiló Broadway a toda velocidad. Ensayó otra puñalada, pero el movimiento del coche le hizo fallar.

-¡Estáis *perdidos*! -gritó enloquecido por un odio absurdo.

Richard trató de abrir la puerta y golpear al individuo, pero no lo consiguió. La cara del muchacho, pálida y desencajada, asomó por la ventanilla. Alzó la navaja.

Richard, pistola en mano, le disparó a la cara.

El muchacho salió despedido con un aullido de agonía, cayendo pesadamente sobre el pavimento. Rebotó una vez, pateó con la pierna izquierda, y quedó inmóvil.

Richard miró hacia atrás.

El otro muchacho seguía agarrado de la maletera, apretando su desencajado rostro contra el vidrio. No cesaba de maldecir.

-¡Lánzalo fuera del coche! -ordenó.

Norman enfiló la acera. En el último instante giró bruscamente hacia el centro de la calle. El individuo seguía detrás. Volvió a intentarlo, con idéntico resultado.

Hizo falta una tercera vez. El muchacho cayó de pie, pugnando por evitar la calzada. Pero la fuerza de la inercia se lo impidió. Se estrelló contra la luna de un escaparate, tratando de protegerse con los brazos.

Richard y Norman jadeaban. Estuvieron silenciosos durante un largo rato. Richard arrojó la pistola por la ventana y contempló cómo rebotaba en el pavimento hasta topar con una boca de agua.

Norman abrió la boca para decir algo, pero se contuvo.

El coche enfiló la Quinta Avenida y atravesó el centro a cien kilómetros por hora. Había muy pocos coches.

Cruzaron junto a varias iglesias. La gente se apiñaba en el interior y en las escaleras de acceso.

-Pobres necios -murmuró Richard, temblándole aún las manos.

Norman respiró profundamente y comentó:

-¡Ojalá yo fuera un pobre necio! Un pobre necio que creyera en algo.

-Quizá tengas razón -dijo Richard. Y añadió:- Estaría pasando el último día creyendo que mis ideas son verdaderas.

-El último día -dijo Norman-. Yo... -Meneó la cabeza-. No puedo creerlo. Leo los periódicos y veo que... que esa cosa sigue allá arriba. ¡Dios mío! Pero ¿es el *fin*?

Contempló un instante a Richard.

-¿No habrá nada después?

-No lo sé,

En la calle 14, Norman se dirigió hacia el este y cruzó el puente de Manhattan. No se detuvo para nada, conduciendo en torno a cadáveres y coches accidentados. Incluso pasó sobre un cadáver. Fue entonces cuando Richard vio asomar la crispación en el rostro de su amigo, en tanto la rueda aplastaba la pierna del hombre muerto.

-Son felices -comentó Richard-. Más que nosotros.

Llegaron a Brooklyn y se detuvieron frente a la casa de Norman. Algunos niños jugaban a la pelota en la calle, sin comprender lo que se avecinaba. Sus gritos resonaban en medio del silencio reinante. Richard se preguntó si los padres de aquellos niños sabían dónde estaban sus hijos, o si les importaría saberlo.

-Y bien... -empezó a decir Norman mirando a su amigo.

Richard sintió cómo se contraía su estómago. No podía hablar.

-¿Te gustaría... entrar un momento? -preguntó Norman.

-No. Es mejor que vuelva a mi casa. Tengo..., tengo que verla. A mi madre.

-Claro -Norman se irguió sobre el asiento, luchando por aparentar calma-. Si es que sirve de algo, Dick, te considero mi mejor amigo y...

La voz le falló. Estrechó la mano de Richard. Luego salió del coche, dejando las llaves puestas.

-Adiós -dijo precipitadamente.

Richard contempló a su amigo mientras éste rodeaba el vehículo para dirigirse hacia el edificio.

-¡Norm! -gritó cuando el otro llegaba a la puerta.

Norman se detuvo y dio media vuelta. Los dos se miraron. Entre ellos flotaban todos los años de amistad.

Richard trató de sonreír y se tocó la frente en un saludo definitivo.

-Adiós, Norman -dijo.

Norman no sonrió. Atravesó la entrada y desapareció de la vista.

Richard estuvo mirando aquella puerta durante un largo rato. Puso en marcha el motor, pero volvió a pararlo al pensar que tal vez los padres de Norman no estuvieran allí.

Esperó un poco más, y luego emprendió el viaje hacia su casa.

Siguió pensando mientras conducía.

Cuanto más cerca estaba el fin, menos deseaba afrontarlo. Quería terminar ahora, antes de que se disparara la histeria.

Somníferos, pensó. Era la mejor manera. Tenía algunas píldoras en casa y confiaba en que fueran suficientes. Quizá se habrían agotado ya en la farmacia de la esquina. En los últimos días se había producido una avalancha de gente comprando somníferos. Familias enteras los tomaban.

Llegó al hogar sin ningún problema. El cielo mostraba un color carmesí incandescente y las oleadas de calor hacían pensar en un distante e invisible horno. Aspiró aquel aire ardiente; sus pulmones lo aceptaban todo.

Abrió la puerta principal y entró sin apresurarse.

"La encontraré en la habitación delantera -pensó-, con sus libros, rezando, pidiendo socorro a poderes invisibles mientras el mundo se prepara para achicharrarse."

Pero no estaba en aquella habitación.

Recorrió la vivienda, sintiendo que su corazón latía cada vez más deprisa. Su madre no estaba allí. Le pareció que se abría un gran vacío en su estómago. Sus habladurías respecto a no querer verla habían sido simplemente esto, habladurías, y lo sabía perfectamente. Amaba a su madre. Y era la única persona que le quedaba en aquellas momentos.

Desesperado, buscó alguna nota en el dormitorio de su madre, en el suyo, en el cuarto de estar...

-Mamá -dijo-. Mamá, ¿dónde estás?

La nota estaba en la cocina, sobre la mesa:

Querido Richard:

Estoy en casa de tu hermana. Ven, por favor. No me obligues a pasar el último día sin ti. No quiero abandonar este mundo sin volver a ver tu rostro amado. Por favor.

El último día.

Allí estaba, en blanco y negro. Había sido precisamente su madre quien escribiera aquellas palabras. Ella, siempre tan escéptica respecto a la ciencia materialista que agradaba a Richard, admitía finalmente la última predicción científica.

Ya no podía dudar más: la flameante evidencia llenaba el cielo y nadie podía seguir ignorándola.

Todo el mundo se acababa. El irregular tránsito de evoluciones y revoluciones, contiendas y conflictos, la eterna continuidad de los siglos desde un remoto pasado; las rocas, árboles, animales, hombres. .. El fin de todo. En un instante, en un rubor mortal. El orgullo y la vanidad del mundo de los hombres incinerados por un extravagante desorden astronómico.

¿Qué significado tenía, pues, todo eso? Ninguno, absolutamente ninguno. Porque todo estaba muriendo.

Cogió los somníferos del botiquín y volvió al coche. De camino hacia la casa de su hermana; atravesando calles repletas de todo lo imaginable, desde botellas vacías hasta cadáveres, pensó en su madre.

Le atemorizaba la idea de discutir con su madre en aquel último día. No quería poner en tela de juicio el Dios y las creencias de su progenitora.

Tomó la decisión de no discutir. Haría todos, los esfuerzos posibles para que el último día transcurriera pacíficamente. Aceptaría la sencilla devoción de su madre, no atacaría su fe.

Llegó a casa de Grace. La puerta estaba cerrada. Pulsó el timbre y escuchó el sonido de pasos apresurados.

-¡No abras, mamá! -Era la voz de Ray. ¡Esa pandilla puede haber vuelto!

-¡Es Richard, lo sé! -contestó su madre.

Se abrió la puerta. La mujer lo abrazó entre lágrimas de alegría. Richard se quedó momentáneamente callado.

-Hola, mamá -saludó por fin casi en un susurro.

Doris, la sobrina de Richard, estuvo jugando toda la tarde en la habitación que daba a la calle, mientras Grace y Ray la contemplaban inmóviles, sentados en el cuarto de estar.

"Si estuviera con Mary -siguió pensando Richard-, si tan sólo hoy hubiéramos estado juntos..."

Tal vez habrían tenido hijos, y él estaría sentado ahora igual que Grace, sabiendo que la corta vida de sus descendientes llegaba a su término.

El cielo fue haciéndose más brillante conforme avanzaba la tarde. Violentas corrientes color carmesí fluían por él. Doris lo miraba por la ventana, aparentemente tranquila. No había reído ni llorado en todo el día. "Pero lo sabe", pensó Richard.

Y también pensó que su madre iba a pedirles, de un momento a otro, que rezaran todos juntos; que se sentaran, leyeran la Biblia y confiaran en la caridad divina.

Pero no dijo nada. Sonreía continuamente. Richard la acompañó a la cocina para preparar la cena.

-No puedo esperar -confesó-. Creo que... tomaré píldoras para dormir.

-¿Tienes miedo, hijo? -preguntó su madre.

-Todo el mundo tiene miedo.

-No todo el mundo.

Richard pensó que había llegado el momento. El aspecto altivo de su madre, una frase introductoria...

Le pasó un plato con verdura y todos se sentaron a la mesa.

Durante la cena, no hablaron como no fuera para pedir algo de la mesa. Doris, ni siquiera para eso. Richard la contemplaba al otro lado de la mesa.

Pensó en la noche anterior. Bebida sin límite, peleas, abusos carnales... Pensó en Charlie, muerto en la bañera; el apartamento de Manhattan, Spencer sumiéndose en un frenesí de lujuria como remate final de su vida... El cadáver del muchacho con una bala alojada en su cerebro...

Todo parecía muy lejano. Casi podía creer que era irreal, que estaba simplemente cenando con su familia como cualquier otra vez.

Pero aquel resplandor rojizo seguía ocultando el cielo, fluyendo por las ventanas cual reflejo de una hoguera fantástica.

Casi al final de la cena, Grace se levantó y cogió algo. Volvió a sentarse y abrió una cajita, sacando varias pastillas de color blanco.

Doris la miró, con una interrogación en sus grandes ojos.

-Es el postre -dijo Grace-. Todos vamos a tomar caramelos blancos como postre.

-¿Son de menta? -preguntó tranquilamente Doris.

-Sí -dijo Grace-. Son de menta.

Richard se estremeció cuando vio a Grace poner varias píldoras delante de Doris y Ray.

-Hay para todos -le dijo su hermana.

-Yo ya tenga -contestó.

-¿Y para mamá?

-No me hacen falta -contestó la aludida.

Richard llevado por el nerviosismo, estuvo a punto de gritar: "Maldita nobleza!" Pero se contuvo, contemplando horrorizado la mano de Doris en la que su sobrina tenía los somníferos.

-No es menta -dijo la niña-. Mamá, esto no es...

-Lo es -dijo Grace. Inspiró profundamente-. Cómetelos, cariño.

Doris puso una pastilla en su boca. Hizo una mueca de asco y la escupió sobre la mano.

-No es menta -insistió contrariada.

Grace levantó una mano y se mordió los nudillos, mirando rabiosamente a Ray.

-Cómetelo, Doris -intervino Ray-. Es bueno.

-No, no me gusta -Doris empezó a llorar.

-¡Cómetelo!

Ray se volvió bruscamente, temblando de pies a cabeza. Richard pensó en algún modo de que la niña tragara las píldoras, pero fue en vano.

-Se me ocurre un juego Doris -dijo la madre de Richard-. Debes tragar todos los caramelos antes de que cuente hasta diez. Si lo haces, te daré un dólar.

-¿Un dólar? -Doris dejó de llorar.

-Sí.

Doris no se movió.

-Uno, dos -dijo su abuela-. Un dólar...

Doris se enjugó las lágrimas.

-¿Un dólar... enteró? -preguntó.

-Sí, cariño. Tres, cuatro, ¡date prisa!

Doris cogió las pastillas.

-Cinco..., seis..., siete...

Grace entornó los ojos. Sus mejillas estaban pálidas.

-Nueve... y diez.

La madre de Richard sonrió, pero le temblaban los labios y le brillaban los ojos.

-Aquí tienes -dijo alegremente-. Has ganado.

Grace se llevó rápidamente las pastillas a la boca y las tragó una tras otra. Luego miró a Ray y éste la imitó con manos temblorosas. Richard metió la mano en el bolsillo, buscando sus somníferos, pero volvió a sacarla. No quería que su madre le viera.

Doris se durmió casi al instante. Bostezó y fue incapaz de mantener los ojos abiertos. Ray la cogió y la niña le rodeó el cuello con sus bracitos, descansando la cabeza en su hombro. Grace se levantó y los tres se dirigieron al dormitorio.

La madre de Richard fue a despedirse de ellos, y él se quedó sentado, contemplando el mantel blanco y las sobras de la cena. Su madre volvió sonriente.

-Ayúdame con los platos -le dijo.

-¿Los...? -empezó a decir extrañado.

Pero no terminó la frase. ¿Qué importaba hacer una cosa u otra? Ya en la cocina, siempre iluminada por el resplandor rojizo, le pareció de una tremenda irrealidad el estar vaciando platos que no volverían a usar jamás y poniéndolos en un fregadero que desaparecería en cuestión de pocas horas.

Siguió pensando en Ray y Grace, juntos en el dormitorio. Al cabo de un rato salió de la cocina sin decir palabra. Se dirigió hacia la habitación del matrimonio, abrió la puerta y observó a las tres personas durante un largo rato. Luego volvió a cerrar y regresó a la cocina. Miró fijamente a su madre.

-Están...

-Perfectamente -dijo su madre.

-¿Por qué no les dijiste nada? ¿Por qué dejaste que lo hicieran sin pronunciar una sola palabra?

-Richard, todo el mundo debe elegir su propio camino en este día. Nadie puede decir a los demás lo que deben hacer. Doris era *su* hija.

-Y yo tu hijo...

-Ya no eres un niño.

Richard terminó de secar los platos con manos torpes y temblorosas:

-Mamá, anoche...

-No me importa -interrumpió su madre.

-Pero...

-No tiene importancia. Esta parte se está acabando.

"Ahora -pensó, casi dolorosamente-. *Esta* parte. Ahora me hablará sobre la otra vida, el cielo, la recompensa para los justos y la penitencia eterna para los pecadores".

-Vamos a sentarnos en el porche -fue todo lo que dijo su madre.

No lo entendía. Recorrió la silenciosa casa junto a ella. Se sentaron juntos en las escaleras del porche.

"Grace, Doris, Norman, Spencer, Mary... Nunca volveré a verlos".

Era imposible, no podía aceptarlo. Debía estar sentado allí, mirando estúpidamente el cielo rojo y el gigantesco sol que se aprestaba a tragarlos. Ya no estaba nervioso. Y sus temores, tan reiterados, habían terminado por no impresionarle en absoluto.

-Mamá -dijo al cabo de unos minutos-, ¿por qué..., por qué no me has hablado de religión? Sé que lo estás deseando.

Ella le miró, un rostro apacible teñido de rojo.

-No tengo que hacerlo, querido -fue su respuesta-. Sé que estaremos juntos cuando esto termine. No es necesario que lo creas. Yo creeré por los dos.

Y eso fue todo. Richard la contempló, enmudecido por lo que había escuchado.

-Si quieres tomar esas pastillas -prosiguió la mujer-, hazlo. Puedes dormirte en mi regazo.

-¿No te importaría? -Estaba temblando.

-Quiero que hagas lo que mejor te parezca.

Pero Richard no tomó su decisión hasta que pensó en su madre, sentada allí sola cuando el mundo terminara.

-Me quedaré contigo -dijo.

-Si cambias de opinión, -contestó ella sonriente-, me lo dices.

Guardaron silencio durante algún tiempo.

-Es bonito -dijo ella por fin.

-¿Bonito?

-Sí. Dios pone fin a nuestra obra con un telón resplandeciente.

Richard no lo entendió. Pero rodeó los hombros de su madre con un brazo y ella se recostó contra su pecho. Y fue entonces cuando comprendió *una* cosa.

Madre e hijo siguieron sentados. Era el atardecer del último día. Aunque no tuviera objeto alguno se amaban uno al otro.